

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-6FMPO10006>

## EL LEGADO DE LA FILOSOFÍA MODERNA, EN PARTE

Patricio Oyaneder Jara

Si hubiese que describir a las diversas épocas de la filosofía de acuerdo a su disposición para entender el objetivo mismo de su quehacer, creo que la filosofía antigua se caracteriza por cultivar el *saber por el saber* mismo, sin otra pretensión ulterior, esto es, se desea conocer la realidad principalmente para tener una visión del conjunto de ella y de su orden interno (apartándose, paulatinamente, de la explicación brindada por el relato mítico); para la filosofía medieval, el saber es *saber de salvación*: interesa utilizar la razón para encontrar argumentos que permitan reforzar la fe, colaborando, con ello, a conducir correctamente esta vida como para alcanzar la salvación en la de ultratumba; la filosofía moderna, en cambio, instauro como su finalidad un objetivo de interés en este mundo: se debe cultivar el *saber útil*.

Saber por el saber, saber de salvación y saber útil; he ahí tres etapas. Pues bien, ¿cuál es la utilidad a la que apunta el interés moderno? Ya lo responden Francis Bacon y Descartes, en sus comienzos: se trata de obtener el dominio sobre la Naturaleza, para ponerla al servicio del hombre. En rigor, no son los primeros que dicen algo semejante (un par de siglos antes Roger Bacon ya buscaba obtener beneficios concretos del conocimiento), pero son de los primeros que articulan *toda* la estructura del saber en relación con ese objetivo. Y ése es el cambio. Además, en esta nueva perspectiva se tienen en cuenta aspectos concretos de la vida humana y es así como se busca elaborar métodos que faciliten el uso adecuado del intelecto para conseguir adelantos específicos, que en conjunto redunden en un incremento del bienestar humano. Es verdad que ni Francis Bacon ni Descartes logran

por sí mismos ese tipo de adelantos, pero contribuyen a instaurar un nuevo tipo de mentalidad.

Estos precursores, por otra parte, se integran a la historia de la filosofía con una actitud rupturista: rechazan la autoridad intelectual de la tradición que los antecede. Consideran que dicha tradición contiene en gran medida opiniones erróneas respecto de las cosas. No se debe, entonces, mantener una actitud de sumisa admiración frente a lo que los anteriores han dicho; más bien, hay que comenzar a indagar de nuevo, confiando en la propia mirada. Esta postura permanecería como una constante en gran parte de los filósofos modernos. Se trata de reivindicar la autonomía del pensar, con el fin de otorgar asentimiento sólo a aquello de lo cual se tiene certeza en el fuero interno. Anuncian la confianza en la fuerza de las facultades con que el hombre cuenta –esto es, la razón y la voluntad-; es menester afinar la primera y con su ayuda dirigir bien a la segunda.

En una primera etapa, la intención preponderante es la de desarrollar la ciencia como instrumento de dominio del mundo natural: la Naturaleza no es ajena al ordenamiento racional, tiene sus leyes que la razón humana debe descubrir para comenzar a controlarla. Paulatinamente, la actitud rupturista de los comienzos, sostenida luego incluso contra los mismos precursores, genera una nueva crítica que alcanza a la misma facultad cognoscitiva humana, ¿sabemos acaso cómo conocemos y hasta dónde puede llegar nuestro conocimiento?, es la pregunta. La respuesta colocará a los sentidos como el fundamento de todo el proceso y finalmente como su límite: podemos hablar con algún grado de certeza de aquello cuyos datos se ofrecen a nuestros sentidos, de lo demás podemos opinar, pero no estar ciertos, pues son ámbitos que exceden nuestras posibilidades cognoscitivas. Algunas tendencias filosóficas de la Antigüedad, como el escepticismo, unido a veces al materialismo de los atomistas, vuelven a ser populares.

Con el tiempo, esta actitud adquiriría ropaje militante en los pensadores que constituyen el movimiento conocido como Ilustración, particularmente en su segmento francés, bien que sus orígenes están en Inglaterra. Sin gran interés por los asuntos metafísicos, en su mayoría escépticos respecto de los alcances del conocimiento humano, prefieren circunscribirlo al ámbito moral y socio-político: les interesa mejorar la condición –y para lograrlo, mejorar los condicionamientos- del hombre en este mundo. Y digo en **este** mundo: la religión les parece un obstáculo al libre desarrollo de las facultades del hombre, puesto a propósito para consagrar el *statu quo* existente.

Las luces en la lucha con la oscuridad es la gran imagen que repiten hasta el cansancio; las luces las aporta la razón, la oscuridad es la acumulación secular de errores, ignorancia y superstición que ha mantenido a los hombres encadenados y sojuzgados por los poderes que controlan y fomentan dicha oscuridad: así lo piensan. La "luz de la razón", su lema, no es, a fin de cuentas, algo demasiado profundo. No se trata tanto del moroso discurso silogístico; es más bien un "sentimiento de racionalidad", un entusiasmo por pensar de acuerdo a la propia conciencia, y a eso, las más de las veces, llaman "razón".

Hay, pues, un cambio: la racionalidad se ha extendido desde su objetivo inmediato inicial –el control de la Naturaleza-, al control ahora sobre las acciones del hombre, libre éste de toda tutela exterior ajena a la propia conciencia.

Una nueva imagen del hombre comienza a formarse, un hombre que reclama derechos sobre sí mismo, cuestión que implica el establecer límites frente a la autoridad, lo que en ese tiempo quería decir frente a la autoridad religiosa y política fundamentalmente. En el orden práctico, el asunto termina desembocando en la Revolución francesa: en la República, el Terror, y también en la Declaración de los derechos del hombre.

La revaloración de la Historia por parte de los ilustrados estuvo presente, en buena medida, en este proceso de formación de una nueva imagen del hombre. La Historia comenzó a ser vista bajo la misma perspectiva militante, como el proceso milenario de lucha entre la luz y la oscuridad, en el cual en pocas ocasiones y brevemente había triunfado la primera. Pretendían ahora que el nuevo triunfo que anunciaban fuese duradero. Para esta forma de considerar la Historia, Voltaire acuña el término "Filosofía de la Historia". De la mano de esta perspectiva surgió la idea de Progreso, naciendo a fines de la Edad moderna y pasando a impregnar la Época contemporánea.

La idea de Progreso supone que la Historia es un avance continuo, aunque a veces lento, hacia un estado de cosas paulatinamente positivo para el hombre. La meta del Progreso se entiende como la obtención de la felicidad, en esta vida, para la Humanidad toda, y, finalmente, se concibe como el resultado de las propias fuerzas del hombre: los logros le son propios.

Hacia fines del siglo XVIII, Turgot y Condorcet son quienes dan cuerpo a la idea. En su raíz se encuentra la concepción cristiana del tiempo, aunque "traducida" como escatología mundana: el fin de los tiempos -el fin de las penurias- ocurrirá en esta vida.

Para Turgot, la base del impulso al Progreso se encuentra en el anhelo de felicidad de los hombres, el que es un derecho que tienen por naturaleza. En la búsqueda de la misma los hombres entran en conflicto, pues muchas veces sus intereses se contraponen. Pero es de ese mismo conflicto que nace el Progreso, según dicho autor lo entiende, y así, dice: "el interés, la ambición, la vanagloria, cambian perpetuamente la escena del mundo, inundan la tierra, y en medio de sus estragos, las costumbres se suavizan, el espíritu humano se esclarece, las naciones aisladas se acercan unas con otras, el comercio y la política reúnen finalmente todas las partes del globo, y la masa total del género humano, con alternativas de calma y de agitación, de bienes y de males, marcha siempre, aunque

a pasos lentos, hacia una perfección mayor". Si bien el Progreso no se produce por parejo en todas las naciones y avanza con altibajos, es siempre creciente: los logros de la Humanidad se van acumulando y de ello resulta más Progreso. Todo es parte de una cierta mecánica de la Historia, pero que el hombre puede, por momentos, dirigir. La conducción económica planificada previamente es parte de esa dirección, para Turgot.

En cuanto a Condorcet, fundamenta su confianza en el Progreso en lo que él estima como un hecho y que es la indefinida perfectibilidad del hombre, capacidad cuyo único límite sería la duración del planeta. Optimista –aunque partidario de la República escribe su "Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano" escondido para evitar la persecución durante el Terror, la que no lograría eludir-, optimista, digo, considera que el avance de las ciencias y de la situación socio-política de su tiempo representan logros tales que será imposible revertir. A ello se ha llegado con el esfuerzo de los siglos, y si se aplican ciertas medidas para fomentar el desarrollo humano que aún falta por lograr, el futuro, según lo vislumbra, estará cuajado de increíbles avances de los que gozará la gran masa de los hombres: mayor equidad económica, más alimentos, mejor salud, mejor educación, lograrán que el hombre se transforme de modo tal que incluso la duración de su vida se prolongará por siglos, supone... ¿Cómo habrá de lograrse esto? A través de la planificación y el cálculo, a través de la ingeniería social.

Bien dejemos ya esto. Que las promesas modernas del progreso no se han cumplido de manera cabal, lo sabemos. Que ha habido avances, a veces con gran costo de sufrimientos, también. Pero no es menos cierto que las ideas rectoras cuya pista hemos seguido aquí: dominio de la Naturaleza, autonomía del hombre, Progreso, nacidas con los Tiempos Modernos, han sido las que han modelado la Época contemporánea a partir de la Revolución industrial. Aunque no se trajo el paraíso a este mundo, millones de seres se movieron por ello, de grado o

por fuerza. Y aún hoy son tópicos que encuadran nuestra visión del mundo . Cuando menos eso nos muestra lo que nos interesa ahora: que la filosofía no es mero dato inerte, sino que ha podido ser articuladora efectiva de la imagen de la realidad y del hombre.